

---

PARIS 10 de Abril de 1852.

Muy señor mio: Desde que escribí á Vd. mi última, han pasado tres acontecimientos, importantes por su influencia en el giro de la política Europea: es el primero el discurso pronunciado por el Príncipe Presidente, el día de la definitiva constitucion de los poderes públicos, decretados por la actual Constitucion de la República Francesa; es el segundo el discurso dirigido despues por el mismo Príncipe á los Representantes de la Magistratura, el día que prestaron el juramento de fidelidad en sus manos: es el tercero el fallecimiento del Príncipe Swartzemberg, Presidente del Ministerio Austriaco.

El primer discurso del Presidente es el anuncio franco de sus aspiraciones Imperiales; ni es posible interpretarle de otra manera, cuando se considera, por un lado, el carácter de la persona que le pronunció; por otro, la imposibilidad de que los partidos vencidos no intenten nada contra el actual orden de cosas, condicion impuesta por el Príncipe para que el Imperio no llegue: y por último, las grandes facilidades que el Gefe del Estado tiene para denunciar conspiraciones soñadas, á falta de conspiraciones verdaderas.

El segundo discurso es la confirmacion del primero, y su verdadero y genuino comentario: en él proclama el Príncipe (en pre-

sencia de la Magistratura, custodia del derecho y guardadora de las leyes) que el Imperio es la ley, y su persona el derecho: para demostrarlo, recuerda los sucesos de 1804, y el voto de cuatro millones de franceses nombrando al Emperador Napoleon cabeza de una nueva Dinastía. De manera que el Imperio y el Emperador no están ahora velados sino porque el Príncipe lo consiente: el día que deje de consentirlo, la ley recobrará su fuerza, y el derecho su vigor, no habiendo dejado nunca el segundo de ser el derecho de los Napoleonidas, ni habiendo dejado nunca la primera de ser la ley del Estado.

De todo esto se deduce, amigo mio, que estamos en vísperas del Imperio. El Imperio no será todavía la guerra; pero será á su vez víspera de la guerra, como lo ha sido del Imperio la Dictadura: y lo será, porque será la víspera de las conquistas, las cuales á su vez serán el día de la guerra. Que el Imperio lleva á las conquistas, es una cosa evidente; tan evidente que sin ellas no se concibe el Imperio. El Príncipe, ni puede desconocerlo, ni lo desconoce: la venganza de Waterloo ha estado siempre en su corazón, aunque no ha pasado todavía del corazón á los labios.

La muerte del Príncipe Swartzemberg puede desbaratar estos planes. Creo haber ya dicho á Vd. en otras ocasiones, que el Austria era la única Potencia amiga y aliada del Presidente. La explicacion de este fenómeno es una cosa sencilla: el Austria puede entenderse con la Francia en todas las cuestiones territoriales; en la cuestion Suiza, por medio de una ocupacion en comun de los Cantones Helvéticos; en la cuestion Piamontesa, por medio de la ocupacion francesa de la Savoya, y de la ocupacion austriaca de las principales plazas fuertes del Piamonte; y por último, en la cuestion Alemana, porque el engrandecimiento de la Francia por las partes del Rin, habia de realizarse únicamente en detrimento de la Prusia, objeto de la animadversion de todo buen Austriaco, y señaladamente del Príncipe Swartzemberg, que habia puesto en su humillacion todo el ardor de su amor propio.

La alianza del Austria habria sido bastante para inclinar el ánimo de un Príncipe reposado y prudente á no esponerse al azar

de las batallas: pero el Príncipe Luis Napoleon, que es prudentísimo en ciertas y determinadas ocasiones, se ve súbitamente abandonado de su prudencia cuando se trata de la realizacion de los grandes propósitos que ha meditado en el infortunio, y que ha acariciado en el destierro. Por eso, he dicho á Vd. antes de ahora, que habia que temerlo todo del Príncipe Luis, y que seria bueno contar con la realizacion súbita de todos los temores.

La muerte del Príncipe Swartzemberg dejará probablemente á Luis Napoleon sin aliado ninguno, siempre que la cuestion territorial salga á plaza; no porque el Austria no propenda siempre naturalmente á la alianza francesa, no porque el sucesor del Príncipe de Swartzemberg (que lo será probablemente el Conde Buol, Ministro del Austria en Londres) tenga una política distinta de la del Príncipe malogrado: sino porque en los Consejos del Austria no es probable, fallecido el Príncipe de Swartzemberg, que haya un hombre de tan grande energía y de tan ruda firmeza, que ose resistir á la influencia del Gabinete Ruso, el cual ni quiere la preponderancia absoluta del Austria en la Confederacion, ni puede consentir la preponderancia francesa en Europa.

Ahora bien, amigo mio: por ardiente y por firme que sea la resolucion del Príncipe Luis de vengar las afrentas Imperiales, no parece posible que, sin haber antes perdido el seso, se arroje á tan agigantadas empresas sin contar con aliado ninguno. Esta consideracion me inclina á creer en el aplazamiento indefinido de todos sus proyectos: á pesar de todos sus discursos, paréceme que ha de mirar la cosa muy despacio, antes de realizar sus esperanzas dinásticas é Imperiales; y que, si por ventura llega á realizarlas, ha de luchar esforzadamente, hasta intentar lo imposible, para fundar un absurdo, es decir, el Imperio sin conquistas.

Si la muerte del Príncipe de Swartzemberg produce estos resultados, aunque lamentable, será fausta. La guerra, amigo mio, en las condiciones con que debia comenzarse ó proseguirse, hubiera puesto á la Europa en el sendero de la perdicion, y en el borde, si no en el fondo del abismo: el triunfo definitivo hubiera sido de la revolucion y de la Inglaterra, que han sido, son y serán siempre

una misma cosa. Importa poco que, apremiada por las circunstancias, aconsejada por el momento presente, la Inglaterra se proclame amiga del orden, para no apartar de sí, en la prevision de la guerra, á las Potencias Continentales: pues ajustada la paz, y conseguida la victoria, los Whigs, que son los Ministros del tiempo de paz, sucederian á los Torys, que son los Ministros de los tiempos de guerra; á la política conservadora sucedería entonces la política revolucionaria; y la política de la Inglaterra vencedora sería la política de todas las Naciones Continentales. En este punto, amigo mio, no son posibles las ilusiones: en lo pasado está la historia de lo futuro. Durante los torpes escándalos de la revolucion que se inauguró en 1789 ¿quiénes querían la paz? los Whigs: ¿quiénes querian la guerra, y quiénes la hicieron? los Torys: durante la guerra y durante su dominacion, la Inglaterra inauguró y prosiguió con respecto al Continente una política monárquica y conservadora: pero la guerra tuvo fin: vino la paz, despues de la victoria: vinieron los Whigs, despues de la paz: y en pos de los Whigs, vinieron las revoluciones. Esta es la historia: escrita está; y si es posible echarla en olvido, no es posible borrarla.

Y esta es la razon, amigo mio, porque me ve Vd. insistir tanto en este punto culminante de la política Europea. El Príncipe Luis es responsable ante Dios y ante los hombres de haber dado ocasion á que salga á plaza la cuestion territorial, que ha de hacer Inglesa á la Europa: los Gobiernos de Europa son culpables ante Dios y ante los hombres de entregar el Continente á la Inglaterra, á pesar de las cuestiones territoriales. Todos cometen el delito de poner en segundo término la cuestion principal, la cuestion verdadera, la cuestion única, que es la cuestion revolucionaria: á todos les llegará el escarmiento, administrado por la mano de la Inglaterra, y por la mano de las revoluciones. Si la guerra llega á estallar, el escarmiento llegará pronto: si por fortuna se conserva la paz, llegará tambien, aunque llegará tarde. El único medio de apartar el escarmiento hubiera sido plantear franca y decididamente la cuestion revolucionaria, y haber llegado para encontrar su solucion, si era menester, hasta la guerra: la guerra, en estas con-

diciones, hubiera sido fausta y fecunda; porque hubiera dado por resultado la humillacion definitiva de la Inglaterra, y el triunfo normal de la política monárquica y conservadora:

Viniendo ahora á asuntos menos importantes, diré á Vd. algo, primero, acerca de las negociaciones entabladas por la Francia con el Gobierno Federal de Suiza, para la espulsion de los refugiados políticos, y despues acerca de cómo ha sido festejado el Duque de Burdeos por el gran Duque Constantino, hijo del Emperador de Rusia; cosa que no carece de importancia.

Por lo que toca á las negociaciones con la Suiza, el Gobierno Federal está pronto á satisfacer á la Francia, espulsando del territorio Helvético á todos los refugiados peligrosos, si bien se niega á reconocer en principio que sea el Gobierno Frances á quien toque exclusivamente designarlos. La cuestion no pasará de aquí, y segun todas las probabilidades, se arreglará este asunto pacíficamente: y no porque la Francia no estuviera dispuesta á pasar adelante, hasta promover un cambio radical en las instituciones democráticas de la Suiza, sino porque, faltándole el Austria, no considera prudente adelantarse mas por ahora en este camino.

El otro punto que me propuse tocar, es mas incierto, pero mas grave. Por los periódicos ha debido Vd. saber que el Gran Duque Constantino dió en Venecia una gran comida al Duque de Burdeos: esto de por sí, en las circunstancias actuales, no es cosa de todo punto indiferente: pero parece ser que hay mas; y que eso mas, es mas grave. Segun personas respetables, que se suponen enteradas de los hechos, parece ser que el Gran Duque dió al Duque de Burdeos el título de Majestad; que tratándole como á Rey, le invitó á presidir la comida; y que ordenó á la escuadrilla que le escolta, que le saludara con el saludo Real, lo cual hubo de verificarse. Si estos pormenores son exactos, darían una gran luz sobre las intenciones, un tanto veladas hasta ahora, del Emperador de Rusia.

De Vd. afectísimo, S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTES.

---

PARIS 24 de Abril de 1852.

Muy señor mio: Dos cosas importantes han acaecido desde que escribí á Vd. mi última carta: una es la publicacion, en *El Times* de Lóndres, de una Nota colectiva pasada por la Rusia y por la Prusia al Gabinete de Viena en el mes último anterior, sobre la política mas conveniente en el caso probable de una nueva forma de Gobierno en Francia; y otra es un comunicado del Gobierno, inserto en los periódicos de Paris, sobre los rumores de una proclamacion próxima del Imperio.

La Nota cuya sustancia habrá Vd. visto en *El Times*, es auténtica. Interpeladas la Rusia y la Prusia por el Austria sobre la conducta que las Potencias del Norte deberian observar en el caso de que en Francia fuera proclamado el Imperio, las dos Potencias interpeladas contestaron de consuno, que no reconocerian al nuevo Emperador sino con dos condiciones: la primera, que lo sea en virtud de un nuevo Plebiscito; la segunda, que el Imperio no sea hereditario. Cumplidas estas dos condiciones, el Imperio no es otra cosa sino la continuacion de la República, la cual ha sido reconocida ya por todos los Gabinetes Europeos. Otra cosa seria en el caso de que el Príncipe Presidente se proclamara Emperador en virtud de una legitimidad hereditaria, y sin consultar al pueblo;

y en el caso de que el pueblo quisiera con su voto crear, por medio de la herencia, una nueva Dinastía: en estos dos casos, ni la Rusia ni la Prusia reconocerían el orden de cosas que se establecerá en Francia: y esto por dos razones principales: porque la Dinastía Borbónica ha sido condenada por los Tratados; y porque los Soberanos del Norte, si, por un lado, reconocen á los pueblos constituidos en República el derecho de darse un Gefe de por vida; por otro, le niegan el derecho de crear una nueva raza de Soberanos y una nueva Dinastía de Reyes; cosa reservada solo á Dios por el ministerio del tiempo.

Esta Nota es la confirmacion de cuanto en distintas ocasiones hasta ahora he manifestado á Vd. acerca de la política de las Potencias del Norte, reducido todo á asegurar dos cosas: la primera, que el Príncipe Luis Napoleon podia contar con las simpatías del Austria, gobernada por el Príncipe de Swartzemberg, en todas las eventualidades posibles; la segunda, que no podia contar ni con la Rusia ni con la Prusia, en ciertas eventualidades. La muerte del Príncipe de Swartzemberg quitará probablemente al Príncipe Presidente su único aliado Continental, en los grandes conflictos á que puede dar ocasion su advenimiento al Imperio.

Esta eventualidad me parece segura, á pesar de la malquerencia de las Potencias del Norte. En el comunicado oficial, de que he hecho mencion mas arriba, haciéndose cargo de los rumores que circulan acerca de la proclamacion del Imperio por el ejército en la gran revista de Mayo próximo, al mismo tiempo que se da la seguridad de que el Imperio no saldrá de esa proclamacion, se asegura que se proclamará mas tarde, y de otra manera; es decir, por medio de la iniciativa de los grandes Poderes del Estado, y del consentimiento del pueblo: lo cual quiere decir que el Príncipe no quiere ser proclamado sino por un nuevo Plebiscito, cediendo así á una de las exigencias de las Potencias del Norte. Por lo que hace á la cuestion que consiste en averiguar si el Imperio ha de ser vitalicio ó hereditario, el Príncipe no ha manifestado todavia su resolucion, si bien ha dejado ver claramente sus tendencias: en vista de ellas, y del language de las personas que es-

tán en el secreto de sus intenciones, es de temer que en este punto prescinda completamente de la opinion de la Europa; y que á pesar de todo y de todos, acabe por aceptar el Imperio hereditario.

No ignora el Príncipe que este suceso le enagenará la voluntad de la Inglaterra y de las Naciones Continentales; pero presume (y yo no me atreveré á decir, si con razon ó sin ella) que la mala voluntad no se convertirá en conflicto; y que la Europa se mirará en ello una y otra vez, antes de provocar un conflicto con la Francia. No estoy yo lejos de pensar de la misma manera, pareciéndome cosa difícil que la guerra haya de ser la consecuencia inmediata de la proclamacion del Imperio hereditario. Pero si la guerra no viene en seguida, vendrá muy poco despues; como quiera que me parece imposible que el Imperio, y sobre todo, si es hereditario, no acabe por una dilatacion de fronteras: cosa que de seguro no consentirá la Europa sin recurrir á las armas.

Este hombre está en manos de la fatalidad, ó por mejor decir, de una serie de fatalidades sucesivas. La situacion actual va fatalmente al Imperio electivo: el Imperio electivo va fatalmente al Imperio hereditario: el Imperio, hereditario ó electivo, va fatalmente á la conquista: la conquista va fatalmente á la guerra: la guerra va á parar fatalmente en otro Waterloo: la fatalidad de otro Waterloo es otra Restauracion Borbónica: la fatalidad de otra Restauracion Borbónica, llevada á cabo por los ejércitos extranjeros, capitaneados por la Inglaterra, es otra revolucion interior, que pondrá otra vez el poder en manos de los Orleans: y la fatalidad de una Restauracion Orleanista será otra república democrática. La historia de lo futuro será la historia de lo pasado. Para mí es cosa clara que la esperiencia no aprovecha á nadie, ni á los individuos, ni á las Naciones.

Suyo afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 11 de Mayo de 1852.

Muy señor mio: Desde la fecha de mi última, ningún acontecimiento notable, interior ó exterior, ha venido á cambiar el aspecto de las cosas. La gran solemnidad militar, verificada ayer para la distribucion de las Aguilas al Ejército, ha carecido de todo punto de importancia política: lo cual, si bien se mira, no deja de ser importante, y aun importantísimo. La esplicacion de este fenómeno es curiosa por demas, y tengo para mí que no ha de dejar de ofrecer á Vd. un interés grande.

Ante todas cosas, debo asentar aquí una proposicion evidente; que el Príncipe Luis Napoleon es el único que ha impedido ayer la proclamacion del Imperio. El Ejército le hubiera proclamado con aplauso, y el pueblo hubiera recibido la proclamacion con regocijo: la consigna, empero, era severa; y la prohibicion de la proclamacion, absoluta. Y sin embargo, nada tengo por mas cierto que la resolucion del Príncipe de cambiar su Presidencia decenal por el Imperio hereditario. El Imperio, pues, vendrá; pero vendrá á su tiempo, vendrá en el dia y en la hora que el Presidente tiene señalada. Para entrar en el misterio de sus designios, hay que considerar dos cosas: la primera, que Luis Napoleon no quiere ser de tal manera el hombre del sufragio universal, que su porvenir dependa exclusiva-

mente de este sufragio; la segunda, que no quiere ser de tal manera el hombre del Ejército, que su muerte esté en las manos de los Gefes militares. Lo que desea sobre todo, y á lo que aspira, es á poner al pueblo y al Ejército á su servicio, siendo él independiente de ambos. Vencedor por las armas en las jornadas de Diciembre, puede decir al pueblo que no le necesita: Presidente de la República por ocho millones de votos, puede decir al Ejército que el pueblo es él, y que el soldado está al servicio del pueblo. El mayor peligro hoy dia para él es ceder á las exigencias militares; y por eso aspira á subir al trono á favor de otros impulsos. El Imperio será proclamado, si puede decirse así, civilmente: el Senado, en uso de sus atribuciones Constitucionales, emitirá el deseo de esta mudanza: el pueblo será consultado sobre la proposicion Senatorial; y el Presidente se convertirá en Emperador, en virtud de un nuevo Plebiscito. Para mí no hay mas cuestion que la de tiempo. Comprometido solemnemente á conservar la República, el Príncipe, si las tramas de los partidos no le obligan á refugiarse en el Imperio, desearía poder fundar en una manifestacion popular el cambio de Instituciones: por eso aguarda, y aun aguardará algunos meses: si al cabo de cierto tiempo, la manifestacion popular no viene, vendrá el cambio de todas maneras. Mi opinion es que no se pasará el verano sin Imperio.

Por lo demás, creo, como en mi última anterior dije á usted, que la Europa reconocerá el nuevo orden de cosas que está próximo á establecerse. Vd. puede contar por seguro que no hay mas que un solo caso de guerra; y que ese caso es la estralimitacion de las fronteras, tales como existen en virtud de los Tratados. Si el nuevo Emperador logra constituir un Imperio pacífico, la paz del mundo está asegurada por ahora: si no logra resistir á los impulsos conquistadores, á que dará origen la nueva situacion, estallará inevitablemente la guerra, que se terminaría por la invasion y la ruina de la Francia. Un solo aliado tenia en Europa el Príncipe Luis Napoleon: con el fallecimiento del Príncipe de Swartzemberg, le ha perdido. Para mí no es dudoso que el Austria cederá ahora á la presion de la política Rusa, la cual consiste en estrechar los

vínculos de union de las tres grandes Potencias del Norte, con el fin de obrar en comun para combatir y rechazar en su dia las pretensiones Imperiales. Durante el Ministerio del Príncipe de Swartzemberg, el Austria aspiraba á cosas muy diferentes: humillar á la Prusia y unirse á la Francia en cualquiera eventualidad, eran los grandes designios de aquel hombre de Estado: sus designios han muerto con él; y la visita que el Emperador de Rusia hace al de Austria en estos mismos momentos, habrá acabado probablemente hasta con las huellas de la antigua política Austriaca.

De todo lo dicho se deduce que la verdadera cuestion, la cuestion importante consiste en averiguar si, una vez aclamado Emperador, el Príncipe respetará por su parte los Tratados. Esa, y esa sola, es la cuestion del porvenir; la cuestion de la paz ó de la guerra. Ahora bien: si se atiende, por un lado, á que la idea fija del Presidente es abrir una brecha en esos Tratados, que son la humillacion de su raza; por otro, á que sus ideas fijas son inmodificables; y por último, á que, por la naturaleza misma de las cosas, repugna la idea de un Imperio pacífico, mi opinion es que al fin y al cabo se presentará el caso tremendo de la guerra. Si el Príncipe de Swartzemberg no hubiera fallecido, la guerra hubiera sido inevitable el año que viene. No contando con apoyo ninguno, es de esperar que el futuro Emperador se mirará mas en ello, y que rehuirá, cuanto pueda, entrar en una lucha sin otro apoyo que el de las fuerzas revolucionarias del mundo. Pero en definitiva, y en un plazo mas largo, creo que la guerra vendrá, y que el futuro Emperador pondrá á su servicio la propaganda revolucionaria.

Así se irán realizando, una despues de otra, las terribles eventualidades de que hablé á Vd. en mi última; siendo la última de ellas el triunfo de una revolucion general, término forzoso de los errores por todos cometidos.

De Vd. afectísimo S. S. Q. S. M. B.

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARIS 1.º de Junio de 1852.

Muy señor mio: Las cosas siguen, en Francia y en Europa, el curso mismo que tengo anunciado á Vd. desde que se realizó el gran suceso del 2 de Diciembre, y sobre todo, desde el fallecimiento del Príncipe de Swartzemberg. Mientras que, por un lado, el Príncipe Presidente camina hácia el Imperio, que tengo por inevitable, por otro, las Potencias del Norte se conciertan y preparan, en la prevision de graves eventualidades y de serias complicaciones. Por lo que hace al Príncipe Presidente, dos cosas tengo por ciertas: la primera, que no ha abandonado nunca la idea con que vino, de hacerse Emperador, y Emperador hereditario; la segunda, que, aun en la suposicion de que él abandonara su idea, seria compelido á ponerla por obra por su propia familia, y por sus propios partidarios. Por lo que hace á las Potencias del Norte, tengo esto por cierto, á saber: que la Rusia trabaja sin descanso por apaciguar las querellas entre la Prusia y el Austria: que sus esfuerzos, que no serán nunca poderosos para estinguirlas de todo punto, lo son, y lo han sido ya, para imponer una tregua á las Naciones contendientes, en la prevision de grandes sucesos Europeos: y por último, que la influencia de Inglaterra so-